

el fin de los espías



DE no ser los espías lo que son, de no estar destinados por su oficio y quizá por su naturaleza a moverse en la penumbra y a vivir en el disfraz, esta sería la ocasión de que se lanzaran a cuerpo descubierto a luchar contra la electrónica, que les está dejando sin trabajo. Como los luditas ingleses del siglo XIX se abrían paso con hachas y antorchas para destruir las máquinas que comenzaban a desplazar al hombre de los puestos de trabajo. Los brillantes ojos míticos de Mata-Hari, cernidos por la sombra del rimmel y de la fatalidad, han sido ya sustituidos por cámaras fotográficas de largo alcance, por células fotoeléctricas especialmente sensibles. Cicerón y Sorge son figuras del pasado. Lo es, siendo su aventura tan reciente, el británico Kim Philby. No es un azar que las más brillantes novelas de espionaje de nuestro tiempo sean elegíacas, como las de John Le Carré («El espía que surgió del frío», «La guerra en el espejo»), o la última de Jorge Semprún («La segunda muerte de Ramón Mercader»), todas ellas seguidoras en ese aspecto del gran intuitivo del drama humano del espía, Graham Greene.

Ya casi es una figura del pasado el piloto Gary Powers. Gary Powers fue el primer nombre público del espionaje electrónico. El domingo 1 de mayo de 1960, un avión Lockheed de tipo especial, conocido con el nombre de U-2, salió de la base de Peshawar (Pakistán), y voló unos dos mil kilómetros. Cuando llegó a las proximidades de la ciudad soviética de Sverdoosk, protegido por la enorme altitud de su vuelo —unos setenta mil pies—, fue descubierto contra toda verosimilitud y derribado de un disparo de cohete. Su piloto pudo salvarse en paracaídas. Se descubrió entonces que los U-2 llevaban más de cuatro años operando y se pudo constatar que habían realizado por lo menos treinta vuelos sobre la Unión Soviética. Las implicaciones políticas de este suceso fueron considerables. Los Estados Unidos quedaron al descubierto. Eisenhower sufrió una serie de humillaciones, la «conferencia en la cumbre» que los jefes de estado o de gobierno de los «cuatro grandes» debían celebrar en París, quedó interrumpida. Desde un punto de vista técnico, el U-2 (la sigla U es la inicial del vocablo «utility», tristemente irónico en este caso) ofrecía algunas contradicciones. El aparato iba soberanamente equipado con material fotográfico y electrónico para el espionaje a gran distancia. Su piloto, en cambio, parecía instruido con arreglo a las más viejas novelas del género. Llevaba en el alma una cierta cantidad de relojes y anillos para sobornar a ima-

ginarios rusos prehistóricos y miserables, un manual de conversación, dinero en rublos y divisas, armas individuales, veneno para el suicidio en caso de no poder resistir las torturas... Parece que Gary Powers no tuvo ninguna tentación de utilizar su panoplia del perfecto espía. Se sentó en la primera silla que le ofrecieron y contó su historia. Esto fue grave. Sus jefes de la CIA le suponían muerto o escondido entre matorrales, enseñando a los «mujiks», entre las hierbas, una mano que ofrecía un reloj. Supusieron el avión destruido, y anunciaron que un aparato de la NASA que realizaba un pacífico vuelo meteorológico había desaparecido. El contraste entre historia bucólica y la realidad comprobada y rápidamente expandida fue lo que produjo la peor humillación para Eisenhower: la de haber sido cazado en una mentira. Kruschev, que era un genio de la propaganda, utilizó hasta el máximo el incidente. Alguien escribió candorosa, ingenuamente en el «Times», de Londres, esta frase: «Creo que un espía es un valioso, aunque no reconocido, funcionario público. Debe recibir toda clase de elogios por su trabajo, que consiste en evitar sorpresas e incluso evitar guerras... Tradicionalmente, se desplazaba a pie. Después, a caballo; luego, en coche. Ahora, en avión. ¿Por qué todo este escándalo a propósito de una de las más antiguas y más útiles profesiones del mundo?».

El escándalo procedía, precisamente, del nuevo paso técnico que se acababa de dar, del avión. Venía a romper algo así como un código no escrito del espionaje mundial, tejido en colaboración de los «cerebros» del espionaje con los de la literatura. Los espías eran un pueblo de las sombras, unos seres escurridizos y hábiles a los que se imaginaba, unas veces, volcando papeleras para encontrar residuos de documentos, o leyendo papeles secante ante el espejo, o utilizando el lecho para escuchar las confidencias de viejos coroneles. Eran unos seres humanos abocados irremediablemente al castigo de la muerte. La pena de muerte para el espía es una de las pocas que no se han abolido en el mundo. Tiene un carácter de exorcismo. Los esposos Rosenberg, ejecutados en Estados Unidos durante la época de McCarthy por un acto de espionaje que aún se duda que cometieran, realmente suponían un acto sacrificial para liberarse del terror producido por la pérdida del secreto sagrado del fuego del cielo, de la bomba atómica. Las tandas de supuestos espías de Israel, ejecutados en la plaza pública de Bagdad, tienen una intención de catarsis. Descubrir y ejecutar espías es una

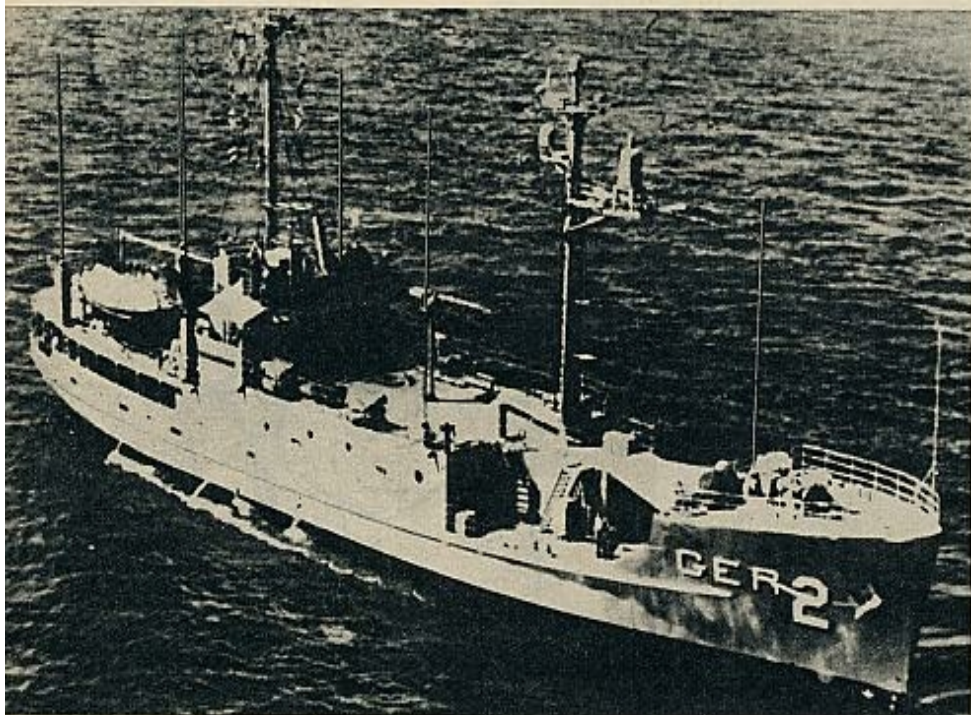
forma de sacarse los demonios del cuerpo. Pero aquel Gary Power era un espía de transición. Cargado con los «gadgets» de que le había provisto la CIA, era todavía humano, pero comenzaba a dejar de serlo. De un momento a otro, los aviones podrían volar sin pilotos, a mayor altitud y con instrumentos más perfeccionados. El Lockheed U-2 era ya un anuncio del espionaje automático.

Poco más o menos estos fueron los datos que se reprodujeron cuando, el 23 de enero de 1967, los coreanos del Norte capturaron



Gary Powers, el piloto del U-2, ya casi una figura del pasado, fue el primer nombre público del espionaje electrónico.

un barco-espía de los Estados Unidos, el «Pueblo», con todo su material y toda su tripulación. Pero esta vez, ya, el caso moral no se presentó. El espionaje lejano estaba admitido. La humillación para la nación espía vino de otros hechos: de que el delicado navío fuese tan fácilmente vulnerable, de la falta de espíritu de combatividad de los marinos captu-



Cuando el 23 de enero de 1967 los coreanos del Norte capturaron el "Pueblo", el espionaje lejano estaba ya admitido. La humillación para la nación espía vino de la vulnerabilidad del navío y de la poca combatividad de sus marinos.

rados y, sobre todo, del hecho de que la nación más poderosa del mundo no pudiese reaccionar contra una potencia de escasa categoría, a pesar de los ultimátums de Johnson. El espionaje a distancia estaba admitido y el «Pueblo» aparecía como anacrónico. Se estaba ya en la edad de los satélites-espía.

Una revolución...

«Lo que los suecos han hecho con el sexo, los americanos lo han hecho con el espionaje», escribe John Le Carré refiriéndose a los vuelos de los «Apolos» y de los satélites-espía. Esto es, una revolución. Desde la gran altura se fotografía con detalles mínimos toda la superficie terrestre. Los detectores especiales señalan en qué punto se están construyendo bombas atómicas, en qué otro hay depositados cohetes intercontinentales. Los datos se analizan en cerebros electrónicos: no dejan casi lugar para la duda. Ya no es preciso buscar en las papeleras, o fingirse vendedor de bolígrafos para entrar en los despachos privados. El viejo espía ha muerto...

En el fondo, éste no es más que un aspecto del enfrentamiento general entre la tecnología y los «valores humanos». Hay quien la encuentra sin sentido, quien asegura que no habrá jamás un satélite-espía que sea capaz de fotografiar una fórmula secreta en el fondo de un cofre fuerte. Y quien, con un poco de cinismo, estima que lo más valioso del espionaje no es la objetividad del agente, sino la subjetividad, el estilo al redactar un informe, las omisiones deliberadas, las exageraciones queridas. Un buen espía, dicen, no es aquel que cuenta lo que ve y qué sabe, sino lo que sus jefes quieren que diga y es-

peran que diga, lo que está inscrito en la política general de su país y hace exclamar a los poderes supremos: «¡Ya sabía yo que tenía que ser así!». En el aún presente debate en los Estados Unidos acerca de los cohetes intercontinentales con cabeza múltiple —es decir, capaces de transportar varias cargas atómicas, cada una de ellas dotada de puntería propia—, los espías del Pentágono han dado informes concretos de que la URSS poseía tal clase de armamento y lo había ensayado ya en el Pacífico, mientras que los que dependen del Departamento de Estado sostienen que no ha habido tales ensayos y que es dudoso que la URSS posea los proyectiles múltiples. El Pentágono está interesado en demostrar que la URSS tiene las armas, para poder lanzarse a fabricarlas en los Estados Unidos; mientras el Departamento de Estado desea lo contrario, para ahorrar gastos y para poder proseguir las conversaciones diplomáticas de desarme con la URSS. Los respectivos espías han actuado con una fina sensibilidad para las necesidades de sus jefes.

Ya no hay secretos

En cuanto a la fórmula secreta en el fondo del cofre fuerte, las teorías modernas son las de que este tipo de secretos carece de verdadera importancia. No hay secretos ya, dicen. Un sabio como Norbet Wiener cree que la obsesión por el secreto de estado no es más que un residuo renacentista: «El juego moderno de policías y ladrones que parece caracterizar, en nuestro siglo, tanto a Rusia como a Estados Unidos, los dos grandes pretendientes al poder mundial, no representa más que el antiguo melodrama italiano de

la electrónica les deja sin trabajo

capa y espada, representado a una escala mayor». Wiener cree que no hay posibilidad humana de conservar en secreto, sea cual sea su protección, cualquier descubrimiento científico de carácter militar —«No hay línea Magnot del cerebro»—, y que, por el contrario, la obligación de trabajar en el secreto y en la clandestinidad enrarece todo el trabajo científico, lo hace más difícil y más lento, lo cual, finalmente, repercute sobre el presupuesto de una manera considerable.

Las carreras paralelas en armamento, en investigación espacial y hasta en política internacional de la Unión Soviética y de los Estados Unidos parecen mostrar que, en efecto, no hay secretos posibles. En el fondo, Kruschew planteó la cuestión con risueño cinismo cuando en una famosa conversación con el Presidente Kennedy le propuso la unificación de los servicios de espionaje soviéticos y americanos: «De esa forma pagaremos una sola vez a individuos que ahora estamos pagando dos veces, una usted y otra yo...».

Pero la era del satélite-espía no ha hecho más que comenzar. Faltan importantes modificaciones técnicas. Será preciso miniaturizar el material de espionaje electrónico o bien aumentar la capacidad de transporte de los satélites. El avión de espionaje más moderno —que se conozca— es el EC-121, y se conoce porque los coreanos del Norte han conseguido derribar uno de ellos, uno de los que están realizando, por término medio, dos misiones diarias de espionaje sobre el mar de Japón. Este avión cuatrimotor lleva unas seis toneladas de material electrónico, más el número suficiente de técnicos para interpretarlo y dirigirlo. No hay ningún satélite capaz de esta misión. Se dice que los vuelos del EC-121 han podido determinar que desde la captura del navío «Pueblo» los soviéticos han duplicado el número de rampas de lanzamiento de cohetes suelo-aire en Corea. Pero los partidarios del espía humano aseguran que sin ciertas conversaciones escuchadas durante un «cocktail» diplomático en Yakarta, y sin los informes de un agente americano que trabajó como cargador de muelle en un puerto soviético, los informes del avión-espía no hubiesen podido ser interpretados correctamente. En cuanto a los soviéticos, en Washington se cree que poseen un número de satélites-espía comparable al de los Estados Unidos, y que sus aviones con material electrónico vuelan continuamente sobre las zonas importantes, pero que su mayor esfuerzo en la información reside en los barcos disfrazados de pesqueros y el espía clásico, tradicional. ■